

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Del libro ilustrado de Dios –
Jesús cuenta parábolas (parte 3)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Del libro ilustrado de Dios – Jesús cuenta parábolas (parte 3) (12 días)

Día 1

Lc. 18:9-14

Un fariseo

Si en nuestros días alguien utiliza la palabra “fariseo”, lo usa por lo general en sentido negativo, pensando en hipocresía, autojusticia y altanería. Por lo tanto, el peligro sugiere que nuestra valoración de los protagonistas de esta parábola es obvia: el fariseo orgulloso es, por supuesto, “el malo”, y el recaudador de impuestos avergonzado “el bueno”.

Entonces, ¿a los ojos de Dios no importa, si un hombre se esfuerza por tener una vida limpia? Y, ¿una vida en pecado no es tan grave, con tal que uno reconozca sus faltas?

Echemos un vistazo más de cerca a estos dos grupos ocupacionales polarizados. Dios había exigido y esperado mucho de su pueblo: “... seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (Lv. 11:45b). Los fariseos tomaron esto muy en serio. Toda la manera de pensar y actuar se orientaba en cumplir rigurosamente los mandatos de Dios, para no perder en su entorno pagano su identidad de ser el pueblo de Dios. De todo lo que no correspondía con los mandamientos de Dios, se distanciaban. Ellos eran los “apartados”, así se puede traducir también la palabra “fariseo”, pero también en el sentido de los que “explican”.

Como líderes espirituales de su pueblo estudiaban la ley y daban instrucciones, de qué manera había que practicar la voluntad de Dios en la vida cotidiana.* Ellos eran un buen ejemplo, pues cumplían lo que decían. Su respeto y temor a Dios exigía un precio, y lo pagaban. Tampoco retenían para sí lo que estaba en su monedero, ni daban todos los gustos a su estómago (daban voluntariamente el diezmo y tenían períodos de ayuno).

Pablo decía retrospectivamente de su tiempo como fariseo: “... en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible” (Fil. 3:6b). Esto debemos respetar debidamente y al mismo tiempo cuestionarnos; pues hasta el día de hoy está vigente que debemos llevar una vida santa (1.Ts. 4:3; 1.Jn. 3:3). ¿Qué importancia tiene la voluntad de Dios para mí?

*Un exceso de instrucciones adicionales se convirtió en un sistema propio que perdió de vista los propósitos de Dios; compare el texto del día 2 de Marcos capítulo 7.

Día 2

Lc. 18:10-13; 19:2-7

Un publicano (recaudador de impuestos)

Los publicanos no orientaban su vida por aspectos espirituales, sino por factores económicos. El sistema romano de impuestos presentaba una fuente atractiva de ganancia. Los distritos individuales se alquilaban a los llamados jefes de publicanos, que a su vez obtenían los impuestos y derechos recaudados por los funcionarios de aduanas subordinados. Lo que el respectivo publicano cobraba más alto, según su voluntad, lo podía anotar como para su beneficio personal. Para tener éxito en este campo de tensión política y religiosamente desafiante, necesitaba talento organizativo y experiencia social.

Cuando un judío optaba por la profesión de oficial de aduanas, aceptaba consecuencias de gran alcance. Se ponía conscientemente del lado del enemigo y de esta manera toleraba la impureza al cooperar directamente con los paganos.

Por el otro lado menospreciaba los bienes y los hombres de su propio pueblo, al aprovecharse de ellos por su afán de lucro. Con esto el publicano ponía en juego voluntariamente su lugar en el círculo de los creyentes. Lo catalogaban entre los pecadores y paganos (comp. Mt. 9:11; 18:17b). Hasta el día de hoy el afán por logros puede hacer olvidar, que Dios está en contra, si nos aprovechamos de otros o actuamos en común con personas de pensamientos impíos (lea 1.Ts. 4:6; 2.Co. 6:14).

Dios llama al pecado por su nombre, y no oculta sus consecuencias. La vida sin Él pierde su sentido: “Porque la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23a).

En la parábola Jesús nos presenta a dos hombres que no podrían ser más diferentes el uno del otro. Sus palabras concluyen en un desconcertante cambio. Jesús no juzga sus hechos, no estipula ni a uno de ellos bueno ni al otro malo. Él sorprende con la declaración, que uno de los dos puede volver a su casa justificado por Dios.

Esta es la cuestión: “¿Cómo llego a ser justificado ante Dios?” Pues solo el justo heredará el reino de Dios y vivirá eternamente (lea Mt. 6:33; 13:43; 25:46).

Día 3

Lc. 18:13,14; Hch. 13:37-39; Is. 61:10

¿Cómo puedo ser justificado ante Dios?

Podemos comprender que nadie puede estar bien delante de Dios, si descuida sus mandamientos o los interpreta según su propio parecer. Pero aquí nos muestra la parábola, que la atención y la sacrificada obediencia a todos los mandamientos nos puede hacer “irreprensibles” (Fil. 3:6), pero no justos. El irreprensible no puede impresionar a Dios con sus buenas obras, porque ningún hombre está sin pecado (Ro. 3:23).

El pecador no se puede justificar, culpando a las circunstancias o a otras personas, que le hicieron daño. Solamente Dios puede justificar a una persona. De esto dependen los dos, el pecador y el irreprensible. Por eso el fariseo estaba equivocado. Él se sentía seguro al compararse con el pecador y no se daba cuenta, que también él necesitaba la gracia y la misericordia de Dios. El publicano en cambio no se compara con otros pecadores peores que él. Él comprende que es un hombre digno de muerte. Él confía totalmente en la gracia de Dios.

Nosotros somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24; lea v.28). Esto lo podemos aceptar personalmente con fe.

“Te agradezco, mi Señor Jesús, que no depende de mis pobres, mediocres e inútiles obras si puedo pertenecer a ti ... Una y otra vez veo, cuánto me falta aún, una y otra vez tengo que confesar, que de nuevo no lo logré ... Y tú ves también todas mis manchas oscuras, las que yo mismo no veo. Por eso te alabo, que tú no miras mi miseria y mis faltas, cuando voy a ti, sino que me quitas todo esto y me otorgas tu justicia, este precioso vestido, que puede cubrir toda mi miseria y me puede hacer apto y digno para llegar delante de tu Padre. Gracias te doy, mi Señor Jesús. Amén” (B. Giertz).

Día 4

Lc. 18:9,14; Sal. 139:23,24

El fariseo y el publicano en mí

La parábola se dirige a los oyentes que según las traducciones se conectan con dos palabras alarmantes: “arrogancia” y “desprecio”.

Hay una mente farisea que se sobreestima a sí misma, presume de una piedad que desprecia a los demás, y ¡saca gratitud de ello! Ahora realmente habría motivos para la gratitud si se nos hubiera dado una vida que podía desarrollarse de manera protegida y no tener que luchar por la supervivencia en un medio criminal; una vida con buenos modelos de conducta y condiciones de conservación. Pero no son tales conexiones por las que agradece el fariseo. Después de todo, él ve una relación agradecida con Dios, pero la razón de su oración es la declaración de que puede decir cosas buenas *sobre sí mismo* y no *sobre Dios*.

Probablemente el fariseo en mí ya ha agradecido también por eso, que no soy como un fariseo, sino humilde, tolerante, amable ... ¿Es acaso la razón más profunda de mi agradecimiento el gozo por aquello que pude lograr y lo que es admirado por los demás, o por aquello lo que Dios me regaló?

Al mismo tiempo tenemos que tener en cuenta que también existe un orgullo de publicano. Este se agrada a sí mismo en la confesión de su culpa. Se puede decir, como por una puerta del patio, la aparente humildad, “soy un pecador”, llega a ser orgullo: “¡Mirad, cuán profundo llega mi reconocimiento y cómo estoy dispuesto a humillarme!” Necesitamos a Jesús para descubrirlo en nosotros. Sus palabras del versículo 14 tienen especial seriedad, porque las vuelve a repetir casi igual en otras citas (Lc. 14:11; Mt. 23:12).

Gerhard Maier las expresa así: “El que se estima a sí mismo como ‘superhombre’ espiritual o ‘supermujer’, Dios lo estima muy bajo. Pero el que es humilde de corazón, y se valora espiritualmente como gran pecador, Dios lo levanta. Sí, a una persona humilde le otorgará en el juicio y en la nueva creación ante todos los demás mayor honra”. (Lea 1.P. 5:5; Jn. 12:25,26.)

Día 5

Lc. 15:1-7

¡Me regocijo! – Jesús

En innumerables libros infantiles se cuenta esta historia acompañada con dibujos diseñados con amor. Esto puede dar la impresión de que se trate de un cuento infantil. Pero Jesús la cuenta bajo un trasfondo muy serio: ¡existe el peligro de que un hombre se pueda perder! (Comp. 2.Co. 4:3,4; 2.Ts. 2:10b.)

¿Habrá alguien al que esta declaración conmueve profundamente y le impulse a moverse? No respecto a los fariseos y los escribas – pero, ¡sí a Dios! En el Antiguo Testamento se lo describe como pastor de su pueblo (Sal. 23:1; Is. 40:10,11; Ez. 34:16). En el Nuevo Testamento es Su Hijo Jesucristo, quien entrega su vida como buen pastor por sus ovejas (Jn. 10:11).

Si Jesús se mueve entre publicanos y pecadores, no disimula su culpa e impureza. Mas bien los quiere purificar y hacerles volver a la comunión con Su Padre.

Cuando Él encuentra a una oveja, “se la pone sobre sus hombros gozoso”. ¿Por qué se alegra el pastor con tanto gozo? Porque para Él la salvación de un hombre significa todo. Él está dispuesto a sufrir antes de aceptar así no más una pérdida (lea Lc. 19:10).

En el llamado “evangelio de Tomás”, que no aparece en el canon de la Biblia, se cuenta la historia como sigue: “El reino se parece a un pastor, que tiene 100 ovejas. Una de ellas se perdió, la más grande. Él dejó a las 99 y buscaba a esta única, hasta encontrarla. Cómo se había esforzado mucho, dijo a la oveja: a ti te amo más que a las 99”.

Este es un cuento según la óptica humana. Solo la oveja más grande es digna de ser buscada. Pero en la parábola bíblica no mueven al pastor el valor y la grandeza hacia la entrega de su vida, sino nuestra perdición y Su amor (Jn. 3:16; comp. Ef. 2:4,5; Gá. 2:20). ¡Poder llevar a casa a una oveja, es para Él el mayor gozo!

Día 6

Lc. 15:4-7; 19:6; 1.P. 1:8

El cielo se regocija

La oveja encontrada en la parábola es un símbolo para una persona que fue salvada por Jesús para la vida eterna. El gozo resultante tiene su real punto de salida en el cielo. El plan de salvación comenzó en el corazón de Dios ya antes de la fundación del mundo (Ef. 1:3-7).

Cuando acontece concretamente la salvación de alguien, Dios en Su gloria comparte el gozo con Su Hijo. Se produce un júbilo, que incluye a todo el cielo, pues el cielo no está vacío. Pocos versículos más adelante de nuestro texto, Jesús agrega: “así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lc. 15:10).

A los ángeles se les describe en la Biblia por lo general como mensajeros celestiales, que honran a Dios, que entregan mensajes y sirven a los hombres por mandato de Dios (Lc. 2:13,14; Hch. 1:10,11; He. 1:14). Ellos comparten interiormente con aquello que pasa entre Dios y los hombres (1.P. 1:12). Aquí también preguntamos: ¿Por qué el cielo se regocija con gozo sobrenatural?

La parábola del pastor que encuentra a su oveja y la lleva contento a casa, podría dar la falsa impresión, que siempre hay una final feliz. Pero la salvación no acontece así en cada caso. Esto no es señal de debilidad o fracaso del pastor, sino demuestra el “factor de inseguridad hombre”.

Una oveja puede ser llevada a casa por el pastor, aunque se rebele en contra, pero un hombre es más que una oveja. Dios no obliga a nadie a recibir Su amor y Su salvación. El buscado puede rechazar el intento de salvación del pastor; su decisión se respetará. Pero cuando reconoce sus malos caminos como culpa, se arrepiente y la confiesa, será recibido de nuevo a la comunión con el Señor. Con mucha tensión el cielo espera si alguien aprovecha esta oportunidad. Cuando esto acontece, entonces se despliega el júbilo.

Si usted está atrapado por algo – usted tiene un buen pastor. Agarre su mano, ¡Él le saca de ahí!

Día 7

Lc. 15:5,6,25-32; 2.Co. 1:24

¿Quién comparte el regocijo?

El gozo compartido es gozo duplicado. En el sentido de este dicho, el pastor llama a sus vecinos y amigos a gozarse junto con él. Jesús quiere ganar con sus palabras a los malhumorados fariseos y escribas. ¿Se dejarán ganar para los anhelos de Dios? Pero sus corazones piadosos están muy endurecidos, para ellos el cumplir las leyes es más importante que la vida de un hombre (comp. Mt. 12:9-14; Lc. 13:10-17).

Sus corazones están tan estancados que no pueden reconocer que ellos mismos necesitan salvación urgentemente. Pidamos al Señor a protegernos de una similar valoración equivocada; quizás con las palabras de David: “Examina mis íntimos pensamientos y mi corazón” (Sal. 26:2b).

Puede pasar que el regocijo se encienda por razón equivocada. Cuando los 72 discípulos volvieron de su misión en diferentes ciudades y aldeas, comentaron llenos de gozo de sus logros (Lc. 10:1,17). En primer lugar suena bien para nuestros oídos. ¿Acaso no es motivo para gozarse con ellos? Sin embargo el foco está desplazado. En el centro no está Dios, ni los hombres que necesitaban la ayuda urgente. Los discípulos se miran a sí mismos. “Aun los demonios se *nos* sujetan”.

Jesús frena su entusiasmo que se encendió en lugar equivocado: “no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20).

¡Nunca debemos acostumbrarnos de que aconteció a favor nuestro la mayor acción de rescate de todos los tiempos! Pero, ¿es suficiente para mí, que soy salvado?

Si luego de un terremoto se salva una persona de entre los escombros de su casa, gracias a los medios de comunicación, miles de personas en todo el mundo comparten este gozo.

¿Usted se goza también, cuando alguien entrega su vida al buen pastor? De ahí se despliega otra pregunta: ¿Ayuda usted también en la búsqueda? (Lea Lc. 24:45-48; 2.Co. 5:20.)

Día 8

Mt. 20:1-16

Correcto, pero ¿injusto?

La hoja de pagos descrita aquí es correcta. Los obreros contratados por la mañana temprano, reciben correctamente el pago convenido*. A ellos no se les engañó ni se aprovechó de ellos. Pero el hecho de que aquellos, que trabajaron solo una hora, recibieran el mismo pago, parece muy injusto para cada persona con sentido común.

“Igual pago para el mismo trabajo” – por esto luchan muchos en nuestra sociedad. Además debemos pensar: ¿quién seguiría trabajando voluntariamente todo el día, si una hora fuese suficiente para recibir el mismo sueldo?

Nuestra parábola parece poner todo “patas arriba”. Sin embargo la historia que se refiere a un suceso del mundo laboral de aquel entonces, no tiene el propósito de poner nuevas bases para los empleadores y empleados. Ella quiere mostrar otra cosa: ¡las normas en el reino de Dios! El cuadro es bien conocido para los oyentes. La viña representa al pueblo de Israel (comp. Is. 5:7; Sal. 80:8). El padre de familia y dueño de la viña es Dios mismo (Jer. 2:21a). Los obreros en la viña son aquellos que Dios ha llamado al servicio para edificar su reino, primero dentro de Israel y más tarde en todo el mundo (lea Mt. 10:5,6; 28:19a).

Inmediatamente antes de esta parábola, Pedro pregunta sinceramente con cuál recompensa pueden contar los doce, después de haber dejado todo para seguir a Jesús (Mt. 19:27). ¿Realmente no hay diferencia entre alguien, que entrega su vida quizás sacrificando mucho o renunciando a mucho, y aquel que recién en su lecho de muerte se entregue a Jesús? A esto no hay respuesta fácil. Esto nos acompañará durante los próximos días, meditando acerca de equivocaciones humanas. Pero al preguntar, si vale la pena seguir a Jesús, la respuesta de la Biblia es: ¡Sí, el discipulado vale la pena! (Lea Mt. 19:29; Jn. 8:12; 12:25,26.)

*Un denario romano (casi 4 gramos de plata) era el jornal de un día de trabajo.

Día 9

Mt. 20:1-12; 4:18-22

Fatal error de lógica

En nuestro mundo moderno, caracterizado por el consumo y el entretenimiento, puede ocurrir que algunas personas sólo ven su trabajo diario durante una semana como un mal doloroso. “Vivir” es para ellos sólo desde el viernes al mediodía y el fin de semana libre. Detrás de esto está el **error Nº 1**: “calidad de vida significa tener que trabajar lo menos posible”. ¡Cuánta vida se ha perdido por esto! Además tenemos en nosotros un profundo anhelo de ser necesarios, para poder usar nuestras habilidades de una manera significativa. Aquellos que están limitados por la enfermedad o la edad, a veces sufren mucho al tener que aceptar sus límites. Con esta parábola Jesús ilustra: ¡El Dios vivo quiere tenernos en sus servicios!

- *¡Cada uno es necesario!* El dueño de la viña no pregunta por edad, origen o cualificación. Él pregunta a todos los que están en la plaza esperando de ser contratados. Para Dios nadie es demasiado joven: una niña escuchó en el jardín de infantes historias de la Biblia por primera vez. Sus comentarios y preguntas motivaron a sus padres a ocuparse de Jesús. Juntos llegaron al camino de la fe. Nadie es demasiado anciano: una mujer de 90 años estaba en el tiempo correcto en el hogar de ancianos, para recibir una nueva compañera de cuarto. Su apertura y simpatía abrió el corazón de la otra, para poderle mostrar el camino a Jesús. Nadie es demasiado débil: la amabilidad y las oraciones pueden obrar milagros. – Cuando Dios preguntó a Isaías por su disposición, él respondió: “heme aquí, ¡envíame a mí!” (Is. 6:8).

- *¡El trabajo es importante y urgente!* El llamado de Dios no es un plan de fomento de empleo. Todo el día el dueño de la viña busca obreros. Aparentemente en la parábola se trata de la época de cosecha, cuando se necesita a más obreros que lo usual. Jesús llama la atención de los discípulos por la necesidad de los hombres y la gran demanda: “la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mt. 9:37,38).

Día 10

Mt. 20:8-10; 2.Co. 8:9

Error Nº 2:

“Recibimos de Dios la recompensa que merecemos”. El dueño de la viña contrata a los primeros obreros por el salario de un denario. Más tarde sus palabras son: “recibiréis lo que sea justo”.

Pero, ¿de cuál salario se trata aquí? ¿Qué promete Dios a aquellos que obedecen a su llamado y se dejan ganar para su reino? Sus pecados serán perdonados y borrados para siempre (Is. 43:24b,25; 1.Jn. 1:9). Ellos de aquí en más pertenecen a la familia de Dios (Jn. 1:12; Gá.3:26), reciben vida eterna (Jn. 3:15,16; 10:28) y una herencia celestial (Ef. 1:11; 1.P. 1:4).

El que toma en cuenta estas realidades, se convencerá que no se puede hablar de un “salario merecido”. Esto sobrepasa toda posible imaginación. Lo que Dios ofrece voluntariamente y lo determina como “justa retribución de trabajo” es un regalo inmerecido de pura gracia y misericordia. “Misericordioso y clemente es Jehová ... No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen” (Sal. 103:8,10,11).

En Su Palabra Dios ha afirmado por escrito estos obsequios de gracia. Esto lo garantiza, y ¡no menos de esto!

“Señor, no te servimos por un salario, esto nos dañaría. Pero estamos alrededor de tu trono siendo el reflejo de tu gracia. Nadie demanda agradecimiento o derecho; pues estaría perdido: tú mismo has elegido al siervo inútil para que sea tu hijo. Porque tú nos pones en el ministerio, no lo logramos por nuestra propia fuerza. Tú renuevas cada día el pacto con nosotros en nombre de Cristo. No estamos parados sobre otro fundamento, sino sobre el tuyo. ¡Amén!” (R. A. Schröder)

Día 11

Mt. 20:10-14; Ro. 8:31,32

Error Nº 3:

“Al que trabaja menos para Dios, le va mejor”. Los obreros de la primera hora* se quejan: “Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora – dijeron - , y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día” (Mt. 20:12 NVI).

¿Acaso la vida de discipulado es solamente carga? Es verdad que el discipulado y el servicio no es un paseo tranquilo. Jesús exhorta tomar la cruz y calcular el precio, antes que uno se decida a seguirlo (lea Mt. 16:24; Lc. 14:28,33). Pero con esto no se ha comprendido en absoluto el misterio de lo que significa pertenecer a este Señor.

Helmut Thielicke escribe: “Si los hombres que en nuestra parábola llegan último, si los tardíos en la fe, realmente se dieron cuenta quién es aquel que los ha llamado a su servicio, entonces de ninguna manera se atreverán a reírse de aquellos que han trabajado desde el alba y en el calor del mediodía, mientras que ellos mismos lo tenían tan “liviano” ... ellos se lamentarán y quizás llorarán por cada hora que no conocieron a este Señor”.

El servicio para Jesús enriquece nuestra vida de sobremanera. Trabajamos en “Su campo”, para Su reino, y esto tiene significado para toda la eternidad. No estamos sujetos a la arbitrariedad ni servimos por obligación. El dueño de la viña sigue siendo nuestra persona de contacto. Él se siente responsable por nosotros. Este Señor no observa solamente para al final pagar el sueldo convenido. Él se preocupa continuamente por aquellos que le pertenecen. Ellos ya ahora comparten de sus riquezas.

En Jesús “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él” (Col. 2:9,10a).

*La mañana temprana se refiere al tiempo de la salida del sol, alrededor de las 5 o las 6 horas; la hora undécima se refiere al tiempo entre las 16 o 17 horas. Quedaba más o menos una hora hasta el comienzo del nuevo día a las 18 horas.

Día 12

Mt. 20:11-16; Sal. 36:5

La bondad de Dios - ¿un escándalo?

Para el profeta Jonás la misericordia de Dios realmente le era un escándalo. Cuando él vio que Dios no efectuó el anunciado juicio sobre Ninivé, ya no podía entender nada. “Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó” (lea Jon. 4:1,2).

Es extraño lo mucho que los humanos tendemos a aceptar la ayuda y los beneficios para nuestro propio provecho, pero con un sentido “justo” nos aseguramos de que otro no reciba más de lo que podría tener derecho a recibir. El corazón humano y estrecho es tan diferente del corazón de Dios. Junto a Él vemos lo que realmente significa la bondad. Él puede decir: “con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3; comp. Sal. 106:1; Ro. 2:4).

Dios paga generosamente “igual sueldo” para cada uno que se pone de su lado y no pregunta cuánto tiempo se invirtió para sus intereses. Sin embargo Él no trata a sus siervos en forma generalizada. La personalidad, el tiempo, las circunstancias y los hechos tiene su gran importancia para Dios. El texto bíblico habla de “primeros” y “postreros”, y esto tiene diferentes consecuencias para el futuro.

Los primeros a los que llamó a su servicio se sentarán sobre doce tronos y juzgarán a las doce tribus de Israel (Mt. 19:28). Este lugar especial y esta tarea específica está reservada para los apóstoles. Dios mira la vida inconfundible de cada uno de los discípulos. Su empeño y sus obras Dios las tiene en cuenta y esto tiene mucho valor delante de Él (comp. Mt. 10:42; 2.Co. 5:10; Ef. 6:8).

No es insignificante cómo manejemos nuestra recompensa inmerecida, qué actitud tomemos hacia los demás y qué hacemos. “El primero debe tener cuidado de no ser el último. El primero puede quedarse atrás. No es el principio sino el fin lo que corona la vida del cristiano” (G. Maier).